

## Los vulgarismos de ayer y de hoy

José María Becerra Hiraldo  
Catedrático jubilado de Lengua española

El vulgarismo puede ser en ocasiones un parónimo, palabra semejante a otra por la forma; por ejemplo, decir ‘extrovertido’ por extravertido, para correr pareja con ‘introvertido’, que es su contrario; recuerdo que en latín existían los prefijos extra e intro pero no ‘extro’. Lo de ‘arrellenarse’ por arrellanarse en el suelo es una confusión debida a etimología falsa. ‘Dalear’ por ladear la línea, recogido por Alcalá Venceslada como frecuente en Andalucía, y explicado como metátesis propia de disléxicos; yo lo he oído también en el norte de España; los diccionarios simplemente lo ignoran. ‘Coger carretilla’ por coger carrerilla es de nuevo una etimología popular. ‘Vagamundo’ por vagabundo: algo que va contra la etimología latina, donde es alguien que es muy vago, sin ocupación; los académicos han preferido la idea de ‘vagar’ como andar; de ahí han llegado a la conclusión de que se puede entender de alguien que viaja sin ton ni son, o de alguien que no tiene profesión, y dejan las dos ideas aunque con preferencia hacia ‘vagabundo’; en la última edición ya lo tachan de vulgar, menos mal. En el caso de ‘mejunje’ se admiten todas las variantes posibles; por favor, ¿se puede decir ‘menjurje’ y ‘menjunje’? ¿y por qué no ‘menjunjen’ y ‘menjujen’? ¡Qué galimatías! ‘Pecunio’ por peculio, ‘misógeno’ por misógino, ‘a punta de caramelo’ por a punto de caramelo’, ‘fideligno’ por fidedigno, ‘pasar de castaño a oscuro’ por pasar de castaño oscuro. Voy a un pueblo de Granada, llamado Darro, y una camarera joven me pregunta: «¿Ud. quiere de primero lantejas?». Me quedé petrificado, cogí el diccionario electrónico oficial, y ¡Oh la lá! está admitido aunque no recomendado. La variación vocálica o consonántica no implica cambio de significado, y uno llega a acostumbrarse a la variación formal. Abogo por limpiar el diccionario de estas cosas. Incluso en Puente Vallecas surgen los vulgarismos por confusión. Don Chepa, el del gobierno, va y dice: “No debemos infringir un castigo a los trans”, mezclando ‘infringir una ley’ con ‘infligir un castigo’. No hay que confundir injerencia con una posible ‘ingerencia’, palabra inexistente en español: ingerimos o comemos un pan, pero nos injerimos o nos metemos en cosas que no nos importan. Y no sigo en este tenor para no cansar.

Cuentan que en Motril hubo quien, desconociendo la voz culta ‘opíparo’, de origen latino con significado de abundante, manifestó haber comido ‘pímpanamente’ tras ingerir una extraordinaria comilona; palabras onomatopéyicas, con cuatro nasales que le dan sonoridad: opíparamente junto a pímpanamente. En Maracena, otra localidad que también sufre el

estigma de ser su gente tan poco refinada como ocurrente y certera en el uso de la verbalización rural, un sindicalista de la construcción amenazó a su patrón con declararse en huelga, junto a sus compañeros, usando con una enorme efectividad comunicativa el término científico ‘pollas’, comodín léxico, palabra ómnibus frecuentísima en toda la provincia donde se usa para todo y la gente anda todo el día con el término en la boca: «Trabajamos como pollas y no ganamos ni pa pollas; así que pa pollas, pollas. ¿Me he explicao bien, ni pollas?» (Por cierto, la expresión ‘ni poyas’ para resaltar la singularidad de algo propio es originaria de Jaén, y la explicación de horno de poya donde se cocía la masa o la poya que cabía en la mano, no es muy convincente). En estos días de restricciones en las reuniones familiares a causa del virus, corre por las redes una explicación de la alcaldesa de Maracena sobre la medida en cuestión: “Esto es lo que es. Todo el que sea de fuera de Maracena, pues como que no; ahora bien, empadronado dentro de Maracena en el ámbito familiar, pues como que sí, hablando de sobrevivientes. Ya está entendío”. Esa confusión de prefijos: convivientes por sobrevivientes.

Y a veces, el vulgarismo se produce en transformaciones fonéticas por la falta de pericia lecto-escritora de los hablantes: decir ‘sentrañas, estijera, arradio, amoto, amotocros, esúbete, abájate’. En todos los casos se añaden sonidos al inicio de las palabras. Abajar existe, pero no está recomendado. Vaya, hombre. Queremos decir que si hablamos o escribimos mal puede ser, entre otras cosas, porque al leer no nos fijamos en la forma de las palabras, no las recordamos por falta de memoria visual y las reproducimos mal. Que no pase más.